

# TEATRO

SI EL LECTOR de estas páginas toma el diario y recorre la cartelera de espectáculos teatrales encontrará que no hay prácticamente autores argentinos en cartel, salvo la golondrina que no hace verano.

A propósito de esa realidad, un especialista en actividades teatrales de Francia que nos visitó durante el mes de enero, Christian Dupavillon, enviado por los organizadores del festival de Nancy, como observador de los teatros universitarios y compañías jóvenes que puedan ser invitados a comienzos de 1970, decía que en nuestro país ni siquiera en Córdoba le pareció estar en América latina pues encontró a la Comedia Provincial representando *La Salina, sobre un cuento de Ray Bradbury*. Quizá en Bolivia, Chile o Venezuela pueda resarcirse. De todos modos le pareció un contrasentido invitar al festival a un grupo argentino con un autor de otra nacionalidad.

¿Estaremos empeñados en demostrar que en nuestro país se puede ver lo mis-

mo que en París o lo mismo que en Inglaterra? No se nos ocurrirá que ese es un rasgo pronunciadamente provinciano y que subraya justamente lo contrario de lo que se quiere demostrar, esto es, que somos cosmopolitas?

O será que disponemos de mucha mayor capacidad de consumo que de creación? O quizá actúen las presiones y prejuicios. O quizá no haya producción por-

que el autor nacional se siente en potencia atacado y vapuleado por un periodismo-perro del-hortelano que prefiere la falta de creación a su alrededor? No se puede saber.

El juego nietzscheano del hombre como voluntad de poder, la violencia, se resuelve en una creación donde los unos tratan de enseñorearse de los otros como cortina de humo contra la propia debilidad. El saldo es una cadena de acoso al infinito, de sentido de amenaza, de miedo sin nombre que busca pequeños miedos para poder luchar contra algún chivo emisario.

En su estilo y técnica hallamos todas las formas estilísticas de la ambigüedad, por eso puede decir: "Espero que mis piezas signifiquen algo distinto para cada espectador porque en ninguna de ellas se esconde una sola respuesta". Lo que en un texto que intentara ser concluyente y cerrado en su significación, constituiría un defecto, en el texto de Pinter se convierte en una de las formas más importantes de la originalidad en el arte de hoy.

El movimiento, las situaciones, no actúan por oposición y conflicto, sino por acumulación y sedimentación. En un momento dado no se puede seguir amontonando, el autor siente que amenaza la saturación y corta el juego infernal.

Intérprete de una manera muy actual de sentir la realidad (desde Kafka) y las consideradas hasta ahora grandes verdades y valoraciones, Pinter acumula en las propias ambigüedades las dudas y temores de nuestro presente.

En la actuación del Teatro del Bajo, esto último estuvo logrado por momentos. La dirección y los intérpretes, a veces dan la impresión de estar desconcertados. El lenguaje nuestro de un ritmo distinto al inglés, gravita para que el encadenamiento de las réplicas sea desigual. Sin embargo la pieza merece verse, pues los momentos más logrados nos permiten captar una de las obras más representativas del teatro de este autor.

Por fin queda como saldo de este comentario una vuelta al interrogante del comienzo: ¿Por qué hay escasez de fertilidad autoral si hay abundancia de ganas de hacer teatro? ¿Por qué un director prefiere el trabajo, árido e inconcluso con un autor extranjero y no con un autor argentino? ¿Por qué no nos volvemos realistas e intentamos los imposibles? (como rige un lema de los estudiantes franceses) ¿Por qué no pretendemos que los ingleses lleguen a interesarse tanto por saber qué pasa en nuestros teatros como nos interesa a nosotros saber qué pasa en el de ellos?

## PINTER Y EL MONTAPLATOS

En este momento encontramos en el Teatro del Bajo a dos actores jóvenes, dirigidos por Jorge Petraglia (escenografía de Leal Rey, bien ajustada al clima descriptivo de la pieza), que se debaten por crear una atmósfera acosante y a pesar de un esfuerzo grande consiguen resultados medianos.

Posiblemente sea necesario ser inglés, o conocer la vida diaria inglesa, donde es habitual encontrar gente que ha hecho del sótano un cuarto donde se vive. Y sea necesario, además, "internalizar" las particulares psicologías de Ben (Hugo Ríos) y Gus (Rubén Fraga) para no chapotear entre gestos exteriores. Quizá la pieza ofrezca las dificultades de ser nada más que algunos de los diversos yo de Pinter. Es posible pensar esto por varias coincidencias. Pinter es afecto a situar sus personajes en su propio escenario. Recordemos que cuando él y su mujer dejaron de ganarse la vida como actores, estuvieron desempeñando el puesto de encargados en una casa de departamentos de la cual utilizaban el sótano como vivienda. También es indudable que una vez salido del sótano, Pinter, según declara a la prensa, deja de ubicar a sus personajes en el cuarto cerrado.

En sus obras seguirá insistiendo en que "la comunicación entre un ser humano y otro es tan temible que los seres humanos la evaden, discuten sobre miles de cosas, nunca sobre aquellos puntos que importan en sus relaciones".

Asimismo se diría que ha transferido a sus personajes la prevención constante sufrida y experimentada por él mismo durante su adolescencia, pues vivió el problema racial de manera acosante: "Bastaba tener pinta de judío para no salvarse de una reyerta diaria". Sumado a ello durante la guerra fue procesado por ser "conscience objector" (como se denomina en Inglaterra a la diversa gama de pacifistas). Y si bien no pasó mucho tiempo en la cárcel, fue molestado y perturbado por las autoridades. Digamos que tiene sus poderosas razones para sentirse perseguido.

Si hemos de creer con Freud que todo artista es alguien que sabe defenderse de su neurosis mediante el proceso creador, convirtiéndola en un mal tan original como soportable, aquí podríamos hallar las claves de su teatro. Un teatro que es siempre simbólico, y a la vez realista, porque el autor somete esa realidad a una constante subjetivación. Lo cual hace de Pinter uno de los más netos representantes de la ambigüedad actual en el teatro. Polivalente, como todo auténtico simbolista, sus seres atrapados, están dando vida a lo inasible, a todo lo que es, pero que en última instancia no sabemos si es o si nos parece, y si eso que nos parece existe. Tampoco sabemos si el lenguaje transmite algo, si es buen conductor de estados anímicos, o si simplemente decora el silencio y da salida a una descarga que es otra cosa.

Mirta Arlt